

LA ALMUDENA NOMBRA A LAS TRECE ROSAS

Una placa recuerda a las mujeres fusiladas junto al cementerio hace 70 años

NATALIA JUNQUERA - Madrid - 26/08/2009

Hace 70 años y un día, Concha Carretero esperaba desnuda y de espaldas, ante una columna de hombres armados, la descarga final. Ayer recordaba: "Fue un simulacro para asustarme, para obligarme a hablar". No la mataron, pero **le dieron una brutal paliza que la dejó inconsciente casi un día**. Cuando despertó, sus compañeras de la prisión de Ventas le comunicaron la mala noticia: "Se las han llevado esta madrugada". Habían fusilado a sus amigas, las 13 militantes de las **Juventudes Socialistas Unificadas y el Partido Comunista conocidas** ya para siempre como las Trece Rosas.

Con 91 años, y como cada cinco de agosto, **Concha acudió ayer a la tapia donde fueron ejecutadas para rendirles homenaje. "No he faltado nunca. Iba cuando Franco estaba vivo, casi sola, a escondidas. Y seguiré viniendo mientras viva"**. Ayer se sobrepuso al calor y a la emoción para cantar bien alto uno de los himnos de la prisión, una cancioncilla satírica que da cuenta de la personalidad de aquellas mujeres -"**cárcel, hotel maravillooso, lleno de higiene y lujo a todo confort, donde no hay agua, ni comida. ¡En el infierno se está mucho mejor!**"...-. "Eran unas niñas llenas de vida, alegres, honradas, valientes. Aquello fue un mazazo".

En el homenaje de ayer, 70 años después de la tragedia, Concha echó de menos algunas caras conocidas -como la de su "**camarada**" **Maruja Borrell**, fallecida en marzo-, pero vio muchas nuevas, probablemente atraídas por la presencia de los políticos, como la secretaria de organización del PSOE, Leire Pajín, o el secretario general del PSM, Tomás Gómez.

Con los *intrusos* llegaron las intromisiones -"en la tapia del cementerio se habló de Camps y del *caso Gürtel*", lamentaba un fiel asistente a los actos de recuerdo cada año en La Almudena- y la división. **El Partido Comunista y el PSM habían convocado, por separado**, sendos homenajes, uno a las 11 y otro a las 10. Al terminar, se descubrió **una placa que sustituía a otra colocada** en los ochenta para incluir los nombres de las 13 víctimas y cumplir así la última voluntad de una de ellas, Julia Conesa: "**Que mi nombre no se borre de la historia...**".

Pajín defendió la ley de memoria, que "pone en valor el sacrificio de los que lucharon por la libertad". Concha Carretero regresó a casa orgullosa de haber sido capaz, un año más, de recordar ante otros el trago más amargo "para que nadie olvide lo que pasó y para que nunca se vuelva a repetir".

"MATARON TAMBIÉN A '43 CLAVELES"

Un grupo de prisioneros fue ejecutado esa misma noche en la misma tapia

N. J. - Madrid - 06/08/2009

"**El día que fusilaron a las Trece Rosas mataron también a 43 claveles**", recordaba Concha Carretero, una de las supervivientes de aquella madrugada sangrienta en el cementerio de La Almudena. Los hombres fueron fusilados antes. "**Muchas de las Trece Rosas iban con la esperanza de morir junto a sus novios, las pobres**". En la misma tapia y el mismo día fue ejecutado **Pedro Lillo**, un mecánico de 33 años afiliado a las Juventudes Socialistas Unificadas.

De su padre, Josué Lillo tiene apenas dos recuerdos. El primero es de la última vez que le vio con vida. "Una vecina viuda de un policía hizo una gestión para que nos dejaran visitarle en la cárcel poco antes de que lo fusilaran. Me puso en sus rodillas y me dijo: **'Hijo, ve siempre con la cabeza bien alta, que tu padre no ha matado a nadie'**. Yo tenía sólo seis años, pero de algo así no te olvidas".

El segundo es del día en que rescató su cuerpo de una fosa común. "A los 11 años del fusilamiento nos llamaron del cementerio para ver si queríamos exhumarle. Mi madre le reconoció por el traje de rayas azul marino que llevaba. Había otras familias, mujeres, niños haciendo lo mismo que nosotros. **Fue tétrico**".

En plena posguerra no pudieron pagar una sepultura permanente, así que lo enterraron en una temporal con su nombre. "A los 10 años, cuando cumplía el plazo, no nos localizaron y con el tiempo lo perdimos de nuevo. Mi madre se puso enferma el día que lo sacamos. Hoy daría lo que fuera por poder enterrarlos juntos", explica emocionado Josué Lillo. No podrá.

El historiador Julián Casanova explica que en las grandes ciudades, con las ampliaciones de los cementerios, **las fosas comunes se cubrieron de cemento**. "En la mayoría de los casos no se intentó localizar a los familiares para ver si querían trasladar a su muerto y con el paso del tiempo fueron incinerados".

El cuerpo de Pedro Lillo se ha perdido para siempre y como él los de cientos de republicanos ejecutados en La Almodena. "Durante años, subíamos, como un reguero de hormigas en silencio, decenas de mujeres, niños y algún hombre, al cementerio para estar cerca de nuestros muertos. Todo eran llantos contenidos porque **a los rojos tampoco les dejaban llorar**", recuerda Josué. "En la tapia siempre había restos de fusilamientos: **sangre, lápices de carpintero...** Mi madre solía tapparlos echando tierra. No cobró pensión de viuda hasta 1980. Era una mujer excepcional. Después de todo lo que había sufrido, **no permitió jamás que odiáramos a nadie**. Y lo consiguió".